

Pensamiento militar ruso y suposiciones sobre la zona gris y la guerra en Ucrania

Russian military thought and assumptions on the gray zone and war in Ukraine

Guillem Colom-Piella^{1,2}

¹ Universidad Pablo de Olavide, España

² Universidad Autónoma de Chile, Chile

gcolpie@upo.es

RESUMEN. El 24 de febrero de 2022 Rusia inició su “operación militar especial” en Ucrania. Lo que probablemente se planeó como una operación de cambio de régimen ha derivado en el mayor conflicto que ha tenido lugar en el continente europeo desde la Segunda Guerra Mundial. Aunque se desconocen los factores que condujeron al presidente Putin a tomar esta decisión y acabar con la zona gris que, aparentemente permitía a Rusia mantener el statu quo y controlar la escalada, si es posible exponer los desarrollos estratégico-militares rusos y presentar las hipótesis que podrían haber guiado este fallido golpe de mano.

ABSTRACT. On 24 February 2022, Russia launched its 'special military operation' in Ukraine. What was probably planned as a regime-change operation has resulted in the largest conflict on the European continent since World War II. While the factors that led President Putin to make this decision and escalate the grey zone that apparently allowed Moscow to maintain the status quo and control any escalation are unknown, it is possible to outline the Russian military-strategic developments and present the hypotheses that could have guided this failed coup.

PALABRAS CLAVE: Ucrania, Zona gris, Amenazas híbridas, Rusia, Guerra de nueva generación, Disuasión.

KEYWORDS: Ukraine, Gray Zone, Hybrid threats, Russia, New generation warfare, Deterrence.

1. Introducción

Con la excusa de desnazificar y desmilitarizar Ucrania, la “operación militar especial” lanzada por Rusia el 24 de febrero de 2022 sorprendió al mundo por el maximalismo de sus objetivos, la insuficiencia de sus medios y el desproporcionado riesgo asumido por el presidente ruso Vladimir Putin. Una operación fallida que ha provocado el mayor conflicto convencional que ha tenido lugar en Europa desde la Segunda Guerra Mundial y la primera guerra a gran escala tras la invasión de Iraq hace veinte años. Un conflicto que, entre otros aspectos, está poniendo de manifiesto el pobre desempeño del ejército ruso. Un ejército que había estado desarrollando novedosos enfoques a las “guerras de nueva generación” para competir militarmente con la OTAN, creado una poderosa masa de maniobra para apoyar sus aspiraciones de gran potencia, aplicado la zona gris con maestría para lograr victorias limitadas sin cruzar el umbral del conflicto o que parecía haber resuelto algunas de sus principales carencias mediante una eficaz reforma militar.

Paradójicamente, las primeras impresiones de la invasión rusa de Ucrania parecen contradecir tanto sus desarrollos estratégicos y doctrinales, como la efectividad de las reformas militares iniciadas antes de la Guerra de Georgia (2008). Ni Rusia continuó con las estrategias de presión y coerción típicas de la zona gris, ni la “operación militar especial” pareció planearse atendiendo a los principios de las “guerras de nueva generación”, ni la masa de maniobra empleada para invadir Ucrania estaba preparada para mantener las operaciones, ni tampoco sus fuerzas armadas parecen ser la maquinaria de guerra perfectamente engrasada que parecía desprenderse de sus intervenciones en Ucrania (2014-) o Siria (2015-) o del hype creado alrededor de sus sistemas armamentísticos.

Se desconocen las razones que llevaron al Kremlin a tomar esta decisión cuando la zona gris vigente desde 2014 proporcionaba a Moscú, aparentemente, los efectos deseados (impedir la integración del país en el bloque occidental). Además, todavía es pronto para extraer lecciones que permitan explicar con detalle, transparencia y objetividad el desempeño militar ruso en Ucrania. Sin embargo, parece posible plantear y someter a validación algunas hipótesis que podrían haber guiado esta “operación militar especial”. A diferencia de lo que muchos analistas habían proyectado, esta acción no se planteó como un peldaño más de la zona gris que Moscú venía implementando sobre su vecino desde 2014. Una estrategia que pretendía disuadir a Kiev de acercarse a Occidente y obligarle a asumir una neutralidad con ascendencia rusa. Tampoco pareció plantearse como una invasión a gran escala del país, tal y como repiten muchos comentaristas. Al contrario, es muy probable que se concibiera como una operación rápida y relativamente incruenta para decapitar el gobierno de Volodimir Zelensky y forzar un cambio de régimen en Ucrania. Un golpe de mano que entraría dentro de la tradición soviética, que debería ejecutarse con rapidez contra Kiev como centro de gravedad clausewitziano y que no requeriría un volumen de fuerzas excesivo para ser exitosa. Una operación que, cuando arrancó el 24 de febrero, pareció confiarlo todo a la sorpresa, al apoyo de la población local o a la cobardía del presidente Zelenski para tomar Kiev y forzar el colapso de su gobierno. Una operación más convencional y tradicional de lo que todos los proponentes de las “guerras de nueva generación” habrían imaginado. En definitiva, una “operación militar especial” que fracasó en las primeras 72 horas y que ha derivado en una guerra que todavía continúa. Precisamente, el fracaso de este golpe de mano explicaría tanto la posterior invasión como las subsiguientes reducciones de nivel de ambición ruso.

Teniendo estos elementos en cuenta, este trabajo se dividirá en dos partes. La primera expondrá las concepciones rusas sobre las guerras futuras, mientras que la segunda planteará cómo la comunidad estratégica fue construyendo, en base a estos desarrollos y el manejo ruso de la zona gris, el diseño de una acción de estas características. Unas especulaciones que provenían principalmente del estudio de las “guerras de nueva generación” rusas y la producción bibliográfica realizada desde la guerra de Georgia (2008) y la toma de Crimea (2014), la aparente predilección del liderazgo ruso por las acciones de presión y coerción realizadas bajo el umbral del conflicto (popularizadas en Occidente como amenazas híbridas y zonas grises) o el desempeño militar ruso en el Donbás (2014-) y Siria (2015-). Aunque no es posible establecer conclusiones definitivas porque se desconocen los cálculos estratégicos, previsiones políticas o factores psicológicos que llevaron al presidente Putin a tomar esta decisión, se ignoran los detalles del plan de operaciones y sus

condicionantes operativos y la información disponible en abierto debe tratarse con la debida cautela, si parece posible establecer un relato más o menos detallado que contribuya a explicar esta sucesión de hechos y arrojar luz sobre algunos aspectos relevantes de la invasión. En cualquier caso, se trata de un conjunto de impresiones elaboradas con la información previa al conflicto y los datos que se han ido conociendo durante los primeros diez meses de guerra. Por lo tanto, el artículo no pretende fijar un conjunto de conclusiones definitivas, sino contribuir a construir un relato de los hechos que, a medida que pase el tiempo y se conozcan más detalles sobre los antecedentes y desarrollo de la operación, podrán ser convenientemente validados o falsados.

2. Las fuerzas armadas rusas y sus “guerras de nueva generación”

La invasión rusa de Ucrania sorprendió al mundo por el maximalismo de los objetivos, la extraordinaria confianza en los medios, el desproporcionado riesgo asumido por el presidente Vladimir Putin y, sobre todo, por las enormes carencias de sus fuerzas armadas. Aunque estas limitaciones comenzaron a vislumbrarse el mismo día de la invasión, hasta el día 24 de febrero la mayoría de los analistas y estados mayores de todo el planeta consideran que se trataba de un ejército temible y diseñado para apoyar las aspiraciones rusas de mantener su estatus de gran potencia (Defense Intelligence Agency [DIA], 2017).

Aunque el reducido Producto Interior Bruto (PIB) del país – 1’79 billones de dólares en 2021, en undécima posición después de Corea del Sur según datos del Banco Mundial – y su relativo retraso tecnológico dificultaban la modernización de su arsenal bélico y podían comprometer su adaptación futura, las sucesivas reformas realizadas en la administración militar rusa desde la década de los 2000 parecían haber dado sus frutos, especialmente en materia de operatividad, control de la corrupción y cohesión de las unidades (Barrie & Hackett, 2020; Oxenstierna, 2019; Troianovski, Schwirtz & Kramer, 2022; Kofman & Edmonds, 2022)¹.

Con un millón de efectivos en servicio activo y dos en reserva, las fuerzas armadas rusas eran mucho más pequeñas que el ejército rojo. Sin embargo, para suplir esta falta de efectivos y maximizar los recursos disponibles, Moscú había creado un ejército semiprofesional y se había dotado de medios – como los misiles balísticos superficie-superficie Iskander y de crucero navales Kalibr o aéreos Kh-101, equipos de guerra electrónica, artillería cohete y tubo de gran alcance, cibercapacidades ofensivas o una amplia gama de sistemas antiaéreos de distintos alcances – que prometían erosionar la postura de fuerzas aliada (Bendett et al., 2021).

Muchos de estos medios se vinculaban erróneamente con las denominadas estrategias anti-acceso y negación de área (Anti-Access/Area Denial – A2/AD)² que Moscú parecía haber diseñado expresamente para impedir cualquier concentración y despliegue de fuerzas aliada cerca de la frontera rusa (Jonsson & Dalsjö, 2020). Sin embargo, lo que realmente estaba haciendo Rusia era reforzar sus complejos de reconocimiento y ataque (Razrazveditalnie Udarnye Kompleksy – RUK) para amenazar las unidades, nodos e infraestructuras aliadas de Europa oriental.

Concebidos para detectar y batir objetivos de alto valor en tiempo casi real, los RUK combinan sensores, vectores de precisión y centros de fusión de inteligencia y dirección de tiro. Situados en la profundidad del territorio ruso, estos complejos están protegidos por defensas aéreas y antibuque de distintos alcances e integrados en múltiples capas. Capaces de ejecutar toda la cadena de muerte (kill chain) desde la detección del objetivo hasta su destrucción, estas burbujas de defensa y ataque posibilitan tanto la guerra sin contacto como la configuración de zonas grises (Adamsky, 2021; Kofman, 2021; Grau & Bartles, 2018). Por un lado, porque permiten batir desde grandes distancias y con enorme precisión los objetivos de valor adversarios sin que las defensas existentes puedan repeler completamente los ataques (Watts, 2013; McDermott, 2021a,

¹ Esta idea también estaba ampliamente extendida entre las filas ucranianas (Schwirtz, 2021).

² Este término se emplea para definir aquellas medidas encaminadas a dificultar la proyección militar hacia un teatro de operaciones y la maniobra dentro de él, protegiendo así sus espacios de soberanía, ampliar su profundidad estratégica o evitar – incluyendo cualquier concentración de fuerzas – la presencia extranjera en sus zonas de influencia.

2022b; Slipchenko, 2004; Kipp, 2012)³. Por otro lado, porque la capacidad para realizar intercambios limitados con vectores de precisión de largo alcance permitiría controlar la escalada, manteniendo así la coerción y la coacción debajo de cierto umbral. Ello permitiría alterar los cálculos estratégicos adversarios y facilitar tanto las tácticas de hechos consumados (*fait accompli*) como las acciones acumulativas típicas de zona gris⁴.

A estas capacidades de disuasión, defensa, ataque de precisión y apoyo a la zona gris se le sumó el desarrollo de los grupos de combate de entidad batallón (Battle Tactical Groups – BTG). Concebidos tras la guerra de Georgia (2008), estos grupos tácticos de alta disponibilidad generados con medios y personal de unidades de escalones superiores estaban diseñados para operar autónomamente como formaciones de armas combinadas para misiones concretas. Combinando movilidad, flexibilidad y potencia de fuego, estas unidades parecían resolver el problema que implicaba generar una enorme masa de maniobra alistada y disponible para cualquier contingencia con un ejército semiprofesional (Grau & Bartles, 2022; 2016). De hecho, en cinco años Moscú multiplicó los BTG de 66 en 2016 a 168 en 2021 (Kofman & Lee, 2022). Este asunto era altamente significativo, puesto que si bien el pensamiento estratégico ruso priorizaba la guerra sin contacto y las confrontaciones informativas en el marco de unas “guerras de nueva generación”⁵ que minimizaban la maniobra terrestre, Moscú estaba generando una masa mecanizada imponente, quizás preparada para realizar golpes de mano en su área de influencia directa.

En este sentido, no parece extraño que la comunidad de expertos asumiera que Rusia estuviera capacitándose para un conflicto de alta intensidad geográfica y temporalmente limitado, como podría ser el cierre de la brecha de Suwalki y la toma de los países bálticos (Hagström-Frisell & Pallin, 2021). De hecho, muchos juegos de guerra realizados durante estos años concluían que las fuerzas rusas podrían alcanzar las capitales de estas repúblicas en 60 horas sin que la Alianza Atlántica pudiera responder efectivamente a esta estrategia de hechos consumados (Barry et al., 2019).

Una capacitación convencional que, plasmada en los complejos de reconocimiento y ataque, las redes de defensa aérea, o las fuerzas mecanizadas, y manifestada en ejercicios como Zapad-2017, Vostok-2018, Tsentr-2019 o Kavkaz-20⁶, parecía demostrar el alistamiento, movilidad y cohesión del ejército ruso (Norbery & Simpson, 2021). Una mejora que discurría en paralelo con el incremento de sus capacidades de guerra política

³ Análoga a las teorías sobre la competición de salvas estadounidense, la guerra sin contacto hace referencia a la sexta generación de la guerra, en la que las municiones de precisión convencionales y la información (guerra psicológica, electrónica y cibernética o los sistemas de mando, control, comunicaciones e inteligencia) permiten triunfar en un conflicto sin tener que librar grandes batallas terrestres. De hecho, cualquier concentración de fuerzas sería vulnerable ante los RUK, capaces de detectar, decidir y destruir cualquier objetivo con gran facilidad. Por lo tanto, las operaciones no entrañarían la maniobra de masas mecanizadas sino el empleo de municiones de precisión para destruir los complejos de reconocimiento y ataque, nodos de comunicación, infraestructuras críticas o centros económicos adversarios. Por lo tanto, la guerra pasaría de librarse en el campo de batalla para hacerse en las capitales y centros de poder adversarios mediante ataques con armas de largo alcance.

⁴ Situadas en el continuo que separa la paz de la guerra abierta, las estrategias de zona gris permiten a los actores que las implementan proyectar su poder mediante acciones ambiguas y difíciles de atribuir (tácticas gradualistas o de salami) hasta actividades explícitas y fácilmente atribuibles (como políticas de hechos consumados). Amparadas por la amenaza de escalada y ejecutadas por debajo de las líneas rojas de la víctima, estas estrategias no afectan sus intereses vitales. En consecuencia, la víctima se encuentra ante la disyuntiva de aceptar los cambios graduales o los hechos consumados o escalar hasta un conflicto abierto sabiendo, sin embargo, que el valor de los objetivos en disputa es menor que los costes de cruzar este umbral. Como bien apunta Guillermo Pulido (2021), la guerra sin contacto contribuye a las zonas grises porque permite manipular y dominar los puntos de Schelling, evitando que esta situación escale hacia un enfrentamiento directo a gran escala.

⁵ Aunque la guerra sin contacto constituía el cénit de las guerras de sexta generación, teóricos como los generales Slipchenko y Gareev barajaban el desarrollo de una posible séptima generación de la guerra que, basada en las confrontaciones informativas y la centralidad de los aspectos no-militares, se consolidaría en el año 2050 (McDermott, 2021a). No obstante, no debe confundirse con la supuesta “guerra híbrida” popularizada en el artículo de 2013 del general Gerasimov (Colom-Piella, 2018).

⁶ Estos ejercicios conjuntos o conjunto-combinados realizados anualmente en una de las cuatro regiones militares del país entrañan el despliegue de grandes unidades.

para operar en la zona gris del conflicto (Morris et al., 2019)⁷ y que chocaba frontalmente con la situación de los ejércitos aliados. Unos ejércitos que habían reducido la entidad de sus fuerzas de maniobra, priorizado la proyección de fuerzas o centrado sus esfuerzos en labores de estabilización y lucha contra la insurgencia en escenarios como Afganistán.

Precisamente, en la primavera de 2014 estas capacidades de zona gris se proyectaron con enorme éxito en Crimea, poniendo de manifiesto que Rusia no estaba cómoda con este orden internacional y que pretendía revisarlo conforme a sus intereses y preferencias, reivindicando así su estatus de gran potencia. Tras una preparación política realizada tras la revolución de Maidán y los temores rusos de que Ucrania pudiera salir de su área de influencia, creando una nueva brecha en su glacis defensivo que se proyecta desde Bielorrusia hasta el Cáucaso (Mearsheimer, 2014), en marzo de aquel año unidades militares no-marcadas y actores locales tomaron esta península ucraniana bajo la atónita mirada de la Comunidad Internacional. Explotando los clivajes sociopolíticos de la región, valiéndose de una población mayoritariamente prorrusa y apoyándose en una campaña multicanal de desinformación dentro y fuera de Ucrania, Moscú pudo ocultar sus objetivos y negar de forma plausible su responsabilidad hasta consumir la ocupación (Braw, 2022: 20-26). Esta acción que permitió mantener a Crimea en la órbita rusa y asegurar el control del Mar Negro fue sucedida por la secesión fallida del Donbás. Allí, las fuerzas rusas intentaron mantener un papel secundario, transfiriendo material, multiplicadores y apoyos a los milicianos de las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk o participando en operaciones sobre el terreno. Aunque se trataba de acciones militar, logística y geográficamente limitadas contra un ejército ucraniano escasamente preparado, corrupto, con doctrinas, equipos o mandos heredados de la Unión Soviética y forzado a delegar parte de las operaciones en milicianos afines (Pettyjohn & Wasser, 2019), el desempeño ruso fue sorprendente, al menos en apariencia.

Las sofisticadas capacidades de guerra electrónica, su control del espacio informativo, su rapidez en la adquisición de objetivos o la posibilidad de realizar ataques artilleros precisos y letales parecían demostrar que la modernización militar rusa había sido un éxito, pudiendo constituir una extraordinaria amenaza para unos ejércitos aliados sumidos en unas vacaciones estratégicas que habían arrancado en 1991 (Brose, 2020; McDermott, 2017). En otras palabras, Rusia quizás estaba tomando la iniciativa en todo el continuo del conflicto y controlando la escalada, tanto en nuestra zona gris como en la zona negra.

Esta muestra del revisionismo ruso relacionada con la erosión del “momento unipolar” estadounidense fue seguida por otros eventos – desde el reconocimiento que Ucrania no era un interés vital para Washington pero sí para Moscú (Goldberg, 2016), el intento ruso de influir en los comicios presidenciales de 2017 o la suspensión del Tratado de Fuerzas de Alcance Intermedio en 2019 – que fueron degradando por ambas partes los complejos mecanismos de seguridad, distensión y disuasión establecidos durante la Guerra Fría y después de ella. Algo que acabaría teniendo consecuencias funestas para la estabilidad europea, tal y como el fatídico 24 de febrero se encargó de mostrar.

3. De la zona gris a la zona negra

La zona gris desplegada por Rusia sobre su vecino desde marzo de 2014 y que terminó abruptamente en febrero de 2022 parecía cómoda para Moscú: había integrado a Crimea dentro de la Federación Rusa y la guerra proxy en las autodenominadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk le permitía mantener el conflicto enquistado y enfriar tanto los intentos ucranianos de acercarse a la Alianza Atlántica y a la Unión Europea como a las iniciativas de Washington y Bruselas para sumar a Kiev en el mundo liberal. Un objetivo que podía justificarse tanto desde un realismo ofensivo donde Moscú lleno de dilemas de seguridad intentaría evitar con todos los medios posibles cualquier expansión aliada hacia las fronteras rusas (Mearsheimer, 2001), como de un realismo neoclásico en el que los factores domésticos explicarían esta situación. Factores que podrían combinar una cultura estratégica basada en un sentimiento de vulnerabilidad

⁷ Sin embargo, quizás las reformas, las maniobras o las nuevas armas podían tener un doble objetivo: demostrar ante las audiencias domésticas que Rusia era una gran potencia y así legitimar el régimen de Putin, y disuadir, intimidar o coaccionar otros países aliados, neutrales o adversarios (Dalsjö, Jonsson & Norberg, 2022).

frente a Occidente (lo que implicaría mantener a Ucrania como un Estado tapón que brindara la necesaria profundidad estratégica a Rusia) y a una autopercepción como gran potencia (implicando, con ello, el mantenimiento de una esfera de influencia en su vecindad euroasiática) (Götz & Staun, 2022).

Sin embargo, estos ocho años también proporcionaron al ejército ucraniano experiencia en combate e incentivaron la innovación y mejora de sus medios militares⁸. Algo similar sucedió con los ciberataques continuados que recibían las infraestructuras críticas y servicios esenciales de Ucrania. Aunque estos actos típicos de zona gris pretendían alterar el normal funcionamiento del país, también proporcionaron a la sociedad ucraniana una gran experiencia, resiliencia y preparación ante estas contingencias. Algo que, junto con el apoyo de varios aliados, activistas civiles, corporaciones tecnológicas y del IT Army of Ukraine (un ejército popular creado a finales de febrero por el viceprimer ministro ucraniano Mykhailo Fedorov para combatir en el ciberespacio) tendría importantes efectos en los momentos previos y en el inicio de las hostilidades.

Cuando Rusia empezó a concentrar fuerzas cerca de sus fronteras con Ucrania en otoño de 2021 para participar en el ejercicio Zapad-21⁹, la mayoría de los pronósticos sugerían una maniobra de diplomacia coercitiva apoyada por el riesgo de escalada (Cranny-Evans, 2021). Una maniobra que podría implicar desde un repunte de los ciberataques, presión económica, chantaje energético o el uso de los proxies en el Donbás hasta demostraciones de fuerza, acciones de inteligencia agresivas, operaciones de falsa bandera o actividades militares limitadas. En otras palabras, un nuevo peldaño en esta zona gris que Rusia venía implementando sobre Ucrania desde 2014 y susceptible de manifestarse en acciones más agresivas dentro y fuera de las fronteras del país (Morris et al., 2019). Sin embargo, fue en esta misma coyuntura cuando la inteligencia estadounidense comenzó a plantear públicamente la posibilidad de que Rusia tuviera otras intenciones, incluyendo una posible invasión del país. Precisamente, cuando en enero de 2022 empezaron a repuntar los ciberataques contra bancos, infraestructuras críticas, servicios esenciales, administración pública o medios de comunicación del país, y Moscú desplegó un contingente a Bielorrusia para, supuestamente, participar en unas maniobras combinadas, muchos analistas de defensa empezaron a temer que esta zona gris pudiera teñirse de negro (Calvo, 2022a).

A pesar de ello, pocos creían que pudiera producirse una invasión a gran escala si no, a lo sumo, un golpe de mano contra el gobierno de Kiev o, en el peor de los casos, una acción convencional circunscrita al este del río Dniéper, donde Rusia ejercía cierto control sobre el Donbás. Aunque menos ambiciosa que la invasión de toda Ucrania, continuaba siendo una tarea colosal (Calvo, 2022b). No se había realizado una operación de esta magnitud en el continente europeo desde la Segunda Guerra Mundial y las tropas que Moscú había amasado en las fronteras ucranianas – entre 150.000 y 190.000 efectivos repartidos en 120-127 BTG (Bowen, 2022) – eran insuficientes como para tomar un país de 604.000 km² y 1.250 km. de este a oeste y 550 km. de norte a sur, y muy escasas como para ocupar su zona oriental. En cualquier caso, se trataría de una operación de muy alto riesgo, por lo que la opción más plausible continuaba siendo una maniobra de presión o una zona gris muy oscura con ciberataques masivos, intercambios limitados con vectores de precisión, ataques de falsa bandera o empleo de proxies locales para desestabilizar Ucrania en línea con las preferencias de Vladimir Putin, un revisionista moderado deseoso de incrementar su poder y aprovechar las oportunidades que se le presentaran, pero poco dado a asumir grandes riesgos (Scweller, 1994).

Ante esta disyuntiva, varios estrategas occidentales empezaron a estimar que Rusia podría llevar a cabo un golpe de mano contra la capital ucraniana para derrocar el régimen de Zelenski. Una hipótesis que estaría en

⁸ La asistencia occidental – principalmente estadounidense y británica – se focalizó en adiestrar, capacitar tácticamente y proporcionar capacidades de mando y control, comunicaciones y ciberdefensa al ejército ucraniano. Coincidiendo con la escalada rusa, ambos países empezaron a suministrar misiles anticarro Javelin y NLAW y misiles antiaéreos de corto alcance Stinger (Arabia, Bowen & Welt, 2022).

⁹ Este ejercicio se realizó en Bielorrusia entre el 10 y el 15 de septiembre de 2021 y entrañó el despliegue de unos 200.000 efectivos. El escenario de estas maniobras era similar al Zapad-17: una intervención de la OTAN en Bielorrusia para realizar un cambio de régimen y anexionarse una parte del país.



línea con la doctrina soviética y los antecedentes históricos de Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) o Afganistán (1979). Aunque esta idea se acercaba a los planteamientos del general Valeri Gerasimov, donde los elementos no-militares (la presión política y diplomática, las sanciones económicas, el apoyo a opositores o las actividades informativas) tendrían un papel fundamental en una escalada que culminaría en un conflicto militar limitado (Gerasimov, 2013)¹⁰, esta hipótesis se alejaba de las “guerras de nueva generación” (Asymmetric Warfare Group, 2017)¹¹. Unas concepciones que conferirían a las fuerzas terrestres un papel secundario tras el uso de fuegos cinéticos y lógicos (ciberataques, operaciones electromagnéticas o desinformación)¹².

En consecuencia, según estos planteamientos más tradicionales, si finalmente Moscú pretendía llevar a cabo un golpe de mano contra el centro de gravedad político ucraniano para derrocar a Zelenski, debería planearse como una operación rápida, decisiva y sorpresiva, capaz de ser ejecutada con las fuerzas que estaban siendo desplegadas al teatro de operaciones. En ella, la sorpresa debería jugar un papel esencial, ya que con los medios disponibles era imposible realizar ninguna operación de gran envergadura sostenida en el tiempo. Una acción de este tipo debería estar precedida por un conjunto de maniobras políticas para justificar la “operación militar especial” (Barnes, 2022), tales como la remisión del comunicado ruso a la Alianza Atlántica y Estados Unidos exigiendo garantías de seguridad a Rusia a mediados de diciembre, el reconocimiento de las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk o la decisión de enviar fuerzas para mantener la paz en la región el 21 de febrero o la autorización de su Consejo Federal a utilizar la fuerza fuera de sus fronteras, realizada un día después. Ello debería combinarse con otras actividades de desestabilización para generar el caos entre la población civil e ir preparando la intervención posterior. Muchas de ellas se realizarían en el plano físico – disturbios, manifestaciones o ataques de falsa bandera – siguiendo la tradición soviética (Reuters, 2022). Otras se realizarían en el plano virtual, atendiendo el *modus operandi* de las operaciones anteriores, las teorías sobre las “guerras de nueva generación” y las advertencias del general Gerasimov (Colom-Piella, 2020). Ello podría implicar un repunte de las operaciones informativas y la degradación lógica de las infraestructuras básicas, servicios esenciales y medios de comunicación ucranianos, tal y como atestiguó el repunte de los ataques de denegación de servicio distribuido y la presencia del malware HermeticWiper, IsaacWiper, HermeticWizard o CaddyWiper en el país (Microsoft, 2022a, 2022b).

Finalmente, las hostilidades empezarán con un choque y pavor mediante ciberataques, acciones electromagnéticas, salvas de misiles balísticos y de crucero, bombardeos aéreos y actividades de sabotaje para paralizar o destruir la arquitectura de mando y control, los nodos de comunicaciones o el sistema de defensa aérea del país, aislarlo del exterior y generar el caos entre su población (Kofman & Edmonds, 2022). Un caos que deslegitimaría el gobierno de Zelenski y podría justificar la intervención rusa como una operación de estabilización en línea con las ideas de Gerasimov y los sucesos del Donbás en 2014, o sincronizarse con el tradicional golpe de mano ruso/soviético. En este caso, las fuerzas de vanguardia compuestas por BTG atacarían simultáneamente desde varias direcciones para ocultar su verdadero objetivo (la capital ucraniana como centro de gravedad de la operación), penetrando rápidamente en el país con el objetivo de tomar los puntos vitales y los nodos de comunicaciones enemigos, y dejando para los siguientes escalones del despliegue la consolidación del terreno y la limpieza de las bolsas de resistencia que pudieran quedar. Sin embargo, tampoco podía descartarse que sus fuerzas terrestres adoptaran un papel secundario en línea con las “guerras de nueva generación”. En este caso, operando bajo la cobertura de unas RUK que batirían con precisión las

¹⁰ Recuérdese que el jefe de Estado Mayor de la Defensa rusa no planteó ninguna doctrina en su famoso artículo de 2013, sino que intentó describir cómo consideraba que los conflictos futuros se configurarían en base a las experiencias de las revoluciones de colores y la primavera árabe (Colom-Piella, 2018).

¹¹ Aunque, en puridad, estos conflictos tendrían como pilar la guerra sin contacto, en Occidente tendemos a subrayar otro de sus componentes: el empleo de medios informativos y psicológicos sobre la población adversaria, considerada como el centro de gravedad de los conflictos. Con reminiscencias a la guerra política leninista adaptada a la Era de la Información, en Occidente hemos asimilado estas guerras con las llamadas amenazas híbridas (Thomas, 2016; Colom-Piella, 2019; Bērziņš, 2020).

¹² Esto presupone que el despliegue terrestre pretendía asegurar el golpe de mano y garantizar el control del territorio y de la población tras consumarlo.

unidades ucranianas antes de hacer contacto con los escalones de ataque rusos, estos BTG se dedicarían a la toma de Kiev y el control del territorio. La concentración de buques y submarinos en el Mar Negro también indicaban que Rusia intentaría establecer una zona de exclusión marítima y aérea en la región, quizás acompañada por un asalto anfíbio sobre la costa ucraniana utilizando los medios de desembarco que habían estado acumulándose durante los meses anteriores.

En conjunto, esta demostración instantánea del poder ruso erosionaría el liderazgo político ucraniano, aislaría a los estados mayores de sus fuerzas desplegadas, rompería su ciclo de decisiones, desarticularía sus defensas, generaría el caos entre la población, facilitaría la consecución de la superioridad aérea y minaría la voluntad de resistencia civil. Ello facilitaría la caída, rendición o exilio del gobierno ucraniano, el principal objetivo de esta operación (Norberg & Dalsjö, 2022)¹³.

Apoyada por una intensa campaña de desinformación dentro y fuera de Ucrania para desconcertar a la opinión pública doméstica e internacional, este golpe de mano debería desarrollarse en pocos días para alcanzar la situación final deseada antes de que la Comunidad Internacional comprendiera el alcance real de la situación y planteara algún tipo de respuesta coordinada. Esta acción rápida y relativamente incruenta culminaría con la sustitución de Zelenski por otro gobierno afín a los intereses de Moscú y la ocupación militar del país para acabar con cualquier foco de resistencia. De esta manera, Ucrania se habría convertido nuevamente en un Estado tapón aparentemente neutral o un vector sobre el que proyectar la esfera de seguridad rusa hasta las fronteras aliadas.

De haber tenido éxito, este arriesgado golpe de mano habría permitido a Moscú retener a Ucrania, considerada por Rusia como un interés vital de su política doméstica y exterior, dentro de su esfera de influencia directa. A su vez, ello le permitiría mantener el eje central de su perímetro defensivo, un cinturón que se proyecta desde Bielorrusia hasta el Cáucaso con un pivote en los países bálticos (el enclave de Kaliningrado). Esta política de hechos consumados habría alterado el statu quo europeo y proporcionado a Rusia una victoria estratégica frente a la OTAN, considerada por el Kremlin como su principal adversaria (Gould-Davies, 2022).

Sin embargo, nada de esto se produjo. Tal y como proclamó el mariscal prusiano Helmut von Moltke en el siglo XIX, “ningún plan, por bueno que sea, resiste su primer contacto con el enemigo, con la realidad”. Aunque es probable que la pretendida “disuasión por detección” (Mahnken, Sharp & Kim, 2020) implementada por Washington y Londres mediante la revelación de las intenciones rusas alterara sus planes iniciales, el plan que pudo haber aprobado Moscú era extremadamente arriesgado, puesto que se trataría de un ataque simultáneo desde varios ejes para encubrir el objetivo real de descabezar el gobierno ucraniano con un asalto motorizado y aerotransportado sobre Kiev. También se habría fundamentado en supuestos – como la corrupción de la administración ucraniana y la rusofilia de su población, la voluntad de lucha de Zelenski y la determinación del pueblo ucraniano, las capacidades de sus fuerzas armadas o la reacción de Occidente – que se han demostrado falsos (Dalsjö, Jonsson & Norberg, 2022). En este sentido, se baraja la hipótesis de que las operaciones fueron planeadas por el Estado Mayor General basándose en los supuestos del Servicio Federal de Seguridad (Federal’naâ Služba Bezopasnosti – FSB) y la improvisación del Kremlin. Ello explicaría por qué Moscú asumió tanto riesgo en esta operación orientada a “desnazificar” Ucrania y liberar a sus ciudadanos de ellos mismos, y durante sus primeras fases las fuerzas actuaron con aparente delicadeza. En cualquier caso, quedaría por saber si el FSB pecó de optimismo en sus apreciaciones por incompetencia, un error de inteligencia, por una eficaz maskirovka ucraniana o corrupción, o comunicó al presidente lo que quería oír en línea con la tradición soviética y la naturaleza autoritaria del país. Hipótesis que estaría apoyada por la purga

¹³ Zdrovskiy et al. (2022) plantean una aproximación complementaria, basada en una guerra de 10 días enfocada a la degradación de las defensas aéreas, navales y antiaéreas ucranianas, la destrucción de sus fuerzas terrestres fijándolas en el Donbás, la eliminación del liderazgo político y militar ucraniano y la ocupación de los centros políticos y económicos del país, y una operación de engaño (maskirovka) acerca del tiempo, localización, objetivos y nivel de ambición de la invasión rusa.

que se realizó a numerosos oficiales del FSB semanas después de que estallaran las hostilidades (Ball, 2022).

Y cuando la disuasión que debían ejercer Estados Unidos, Reino Unido y Alianza Atlántica falló, Putin sucumbió a la atávica tentación de utilizar la fuerza. Y hacerlo mediante una estrategia de hechos consumados para alcanzar sus objetivos políticos – la deposición del régimen de Zelenski – antes de que la Comunidad Internacional conociera el alcance de la situación y pudiera plantear una respuesta coordinada. Se trataba, tal y como los acontecimientos han demostrado, una acción extremadamente arriesgada donde el tiempo es un factor vital. En consecuencia, cuando el 24 de febrero los ciberataques rusos no paralizaron las infraestructuras críticas ucranianas, sus misiles no destruyeron los nodos de mando y control, sus ataques aéreos no permitieron dominar los cielos, sus acciones de sabotaje no surtieron los efectos esperados, sus operaciones informativas no minaron la moral de la población, las tres columnas que debían converger en Kiev quedaron atascadas lejos de la capital y el asalto aerotransportado sobre el aeropuerto Hostómel quedó aislado sin refuerzos terrestres (Sonne et al., 2022), la “operación militar especial” aprobada por Putin chocó con la realidad (Villanueva, 2022; Watling & Reynolds, 2022). Ni el gobierno ucraniano se derrumbó¹⁴, ni la resistencia civil se diluyó, ni el ejército ruso entró como liberador del país¹⁵.

Es probable que el ejército ruso hubiera entrado en Ucrania sin ningún objetivo concreto más allá de crear dilemas estratégicos en la defensa ucraniana mientras se ejecutaba la operación de decapitación. Una posibilidad que, quizás, podría explicarse en parte por la adopción de algunos de los postulados de las “guerras de nueva generación” que otorgaban a la maniobra terrestre una escasa relevancia en los conflictos modernos. Y careciendo de un “plan B” o un mando unificado y con unas operaciones dirigidas desde un Kremlin que parecía desconocer cuál era la situación real sobre el terreno¹⁶, la invasión tuvo que improvisarse y volver a un enfoque militar más tradicional. Quizás ello explicaría por qué Rusia planteó, a finales de febrero, una estrategia de imposición de costes que, fundamentada en el uso masivo de artillería y misiles contra ciudades, polos industriales e infraestructuras críticas, pretendía forzar la rendición ucraniana o un acuerdo favorable al interés ruso. Sin embargo, factores como la defensa a ultranza ucraniana, la llegada de asistencia internacional o la atrición de las fuerzas rusas motivaron el cierre de la primera fase de esta “operación militar especial” supuestamente enfocada a degradar al ejército ucraniano. Así, a mediados de abril arrancó la segunda fase de esta operación con el objetivo de “liberar” el Donbás (TASS, 2022b)¹⁷. Ello motivó la concentración del esfuerzo militar ruso en los óblastos de Jersón, Zaporíya, Donetsk y Lugansk, territorios que finalmente serían integrados en la Federación Rusa en octubre. Sin embargo, la ofensiva ucraniana de Járkov y la retirada rusa de Jersón en otoño de 2022 acabaron de facto con esta posibilidad, abriendo nuevos escenarios para este conflicto.

4. Conclusiones

Tal y como sucedió con el 9 de noviembre de 1989, cuando la caída del Muro de Berlín significó el principio del fin de la Guerra Fría o con el 11 de septiembre de 2001, cuando el ataque en las Torres Gemelas dio paso a la “guerra contra el terror”, el 24 de febrero de 2022 será recordado como el día en que el orden internacional de la posguerra fría dejó paso a una nueva etapa marcada por la competición entre potencias. Aunque en los años anteriores ya se habían percibido varios indicadores de esta situación – como la guerra de

¹⁴ No obstante, en las primeras 48 horas existió la posibilidad de que Zelenski y varios de sus ministros organizaran un gobierno provisional en Leópolis (cerca de la frontera occidental de Ucrania) o salieran del país para establecerse en Polonia (Sonne et al., 2022). Esta posibilidad – aprovechada por Moscú para forzar un vacío de poder conducente al cambio de régimen (TASS, 2022a) – podría indicar lo cerca que pudo estar Rusia de alcanzar sus objetivos.

¹⁵ Paradójicamente, existían voces rusas que semanas antes de la invasión vaticinaban lo que podría suceder. Algunas de ellas con planteamientos casi proféticos, como fue Khodarenok (2022).

¹⁶ Ante la inexistencia de un comandante operacional único hasta varias semanas después de la invasión, se especula que Putin dirigía personalmente la guerra (Galeotti, 2022).

¹⁷ Una operación que, quizás, también pretendía negar a Ucrania las salidas al Mar Negro, degradando con ello tanto su economía como el flujo global de alimentos como añadir un elemento de presión en unas hipotéticas negociaciones de paz entre Kiev y Moscú.

Georgia (2008), la toma de Crimea o la zona gris sobre el Donbás (2014-) para mantener el área de influencia rusa, la asertividad china en la primera cadena de islas para expandirla o la creciente pugna por las normas, regímenes e instituciones internacionales establecidas tras el fin de la Segunda Guerra Mundial – no fue hasta febrero de 2022 para que el mundo tomara conciencia de ello.

Esta fatídica fecha ha supuesto el fin de las ensoñaciones liberales y el retorno de la Historia al acabar con el régimen de seguridad europeo erigido tras la Conferencia de Helsinki, el orden liberal que Washington intentó consolidar tras la caída del Telón de Acero y el “momento unipolar” surgido con la desaparición de la Unión Soviética. Sin embargo, sea cual sea el desenlace de esta guerra, ni la Comunidad Internacional regresará al mundo previo a la invasión, ni Rusia recuperará un estatus de gran potencia que hace tiempo que perdió, ni la democracia habrá triunfado sobre las autocracias, ni será un indicativo de la buena salud del orden basado en reglas tan anhelado por los pensadores liberales. Al contrario, su inicio, desenlace y derivaciones globales son signos inequívocos de la crisis del orden internacional de la posguerra fría, la pérdida del poder relativo de Estados Unidos, la consolidación de nuevas potencias regionales y su voluntad de revisar el reparto de poder preexistente. Un mundo donde el realismo político vuelve a imponerse y donde “...los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben”, tal y como sentenció Tucídides en el siglo V a.C. en su famoso Diálogo de los Melios.

Precisamente, la guerra de Ucrania ha sido una muestra evidente del revisionismo ruso, un revisionismo anclado en sus reproches al mundo unipolar y al intervencionismo hegemónico estadounidense de estas últimas tres décadas, en su creciente oposición al orden internacional liberal promovido por Washington desde el final de la Segunda Guerra Mundial, a su determinación por ser considerada como una potencia con su propia esfera de influencia o a su atávico temor de fortaleza asediada por la expansión de ideales democráticos que pudieran acabar con su base espiritual, por la ampliación de una Alianza Atlántica sin intenciones ofensivas o por la consolidación de China como el hegemón asiático. Un revisionismo susceptible de explicarse tanto desde el realismo ofensivo de John Mearsheimer como desde el realismo neoclásico de Gideon Rose, y que busca reivindicar un estatus de gran potencia ya inexistente, mantener intacta su área de influencia frente a supuestas injerencias externas y revisar el sistema acorde a sus intereses y preferencias aprovechando el aparente repliegue estadounidense de los asuntos globales.

Aunque existe cierto consenso académico sobre el revisionismo ruso y el golpe de mano fallido sobre Ucrania como caso más claro de esta situación, todavía se desconocen los factores que indujeron al presidente Putin a tomar esta decisión y acabar con la zona gris que tan buenos resultados parecía haberle dado a Rusia en el pasado. Quizás la paciencia estratégica, la presión sobre objetivos secundarios o las tácticas de coerción y disuasión típicas de estas estrategias no generaban los efectos deseados en Moscú. Quizás Putin, un oportunista táctico poco dado a asumir grandes riesgos, consideró que podía lograr un golpe de efecto estratégico ante la atónita mirada de la Comunidad Internacional. O quizás se trató de una combinación de ambos enfoques motivado por la degradación de la disuasión occidental y la urgencia de alterar el statu quo antes de que fuera demasiado tarde. Lo que sí sabemos es que la invasión de Ucrania no se concibió como un peldaño más de la zona gris que Rusia venía implementando desde 2014, considerado por muchos analistas como el escenario más probable. Tampoco se planeó según los enfoques de las “guerras de nueva generación”, según las cuales Rusia podría mantener la coerción y la compelerencia mediante ataques limitados con vectores de precisión y empleando medios no-militares en una zona gris que no escalara hacia un conflicto abierto. Un escenario de zona gris muy oscura que también concebían muchos analistas. Sin embargo, parece que esta “operación militar especial” se planeó combinando enfoques propios de las “guerras de nueva generación” – ciberataques, desinformación en la red o fuegos de largo alcance – con planteamientos mucho más tradicionales y arraigados en la tradición soviética. Quizás, ello podría indicar la falta de confianza de los estrategas en las “guerras de nueva generación” o la limitada relevancia otorgada a los elementos no-militares de la inexistente “doctrina Gerasimov” en pro de un enfoque más convencional (Dalsjö, Jonsson & Norberg, 2022). Sin embargo, también podría indicar las excesivas expectativas acerca de su impacto para generar, mediante ciberataques, operaciones de falsa bandera o desinformación, el caos entre las filas ucranianas (Cranny-Evans & Kaushal, 2022) y contribuir a explicar por qué Rusia lanzó sus BTG careciendo de los medios

humanos, materiales y logísticos para mantener una operación de estas características. Quizás fue la incapacidad de generar, con un ejército compuesto por fuerzas profesionales y conscriptos, una masa de maniobra real y capaz de llevar a cabo una operación de esta envergadura (Frías, 2022a, 2022b). O quizás fue una combinación de todos estos factores, junto con otras consideraciones políticas, burocráticas, corporativas o de simple oportunidad.

Por otro lado, el mediocre desempeño de las fuerzas armadas rusas en la guerra será objeto de numerosos análisis futuros y muy probablemente podrá explicarse tanto por factores endógenos (corrupción, escasez de personal, carencias logísticas, limitaciones tácticas, reducida moral, etc.) como por condicionantes exógenos (el eficaz desempeño militar ucraniano y la provisión de valiosos multiplicadores al país, por ejemplo). Sin embargo, existe un elemento que, quizás, podría contribuir a explicar por qué se lanzó esta “operación militar especial”. Se trataría de las expectativas sobre las capacidades reales de su herramienta militar (Norberg & Dalsjö, 2022). Se trataría de un hype que las operaciones en Crimea, Donbás o Siria, el temor que generaban sus “burbujas A2/AD” o sus ejercicios masivos no habían hecho más que incrementar. Es probable que estas demostraciones del potencial bélico ruso que magnificaban – de forma deliberada o involuntaria – su poder militar, se orientaran a las audiencias occidentales para generar la necesaria disuasión sobre la Alianza Atlántica, y a las audiencias domésticas para demostrar que Rusia era una gran potencia (Dalsjö, Jonsson & Norberg, 2022). Sin embargo, no puede descartarse que también alcanzaran al mismo Vladimir Putin por un autoconvencimiento voluntario, autocomplacencia involuntaria o por el temor de los escalones inferiores a exponer la situación real de las fuerzas armadas del país. Quizás, ello podría haber contribuido a considerar, junto con las hipótesis fallidas acerca de la voluntad de lucha y apoyo popular ucraniano, la subestimación de sus capacidades militares o facilidad para derrocar el gobierno de Zelenski, escalar de una situación de zona gris en la que el elemento militar se utilizaba de manera limitada, a un arriesgado golpe de mano con el empleo masivo de medios militares.

Todavía es pronto para conocer los detalles de la invasión y extraer lecciones militares de este conflicto. Lo que sí parece evidente es que Ucrania ha acabado con el aura de invencibilidad del ejército ruso, ha demostrado el fracaso de sus reformas militares y ha expuesto las carencias de unas fuerzas armadas que, como siempre, son capaces de generar un pensamiento militar muy sofisticado, pero son incapaces de implementarlo satisfactoriamente.

Cómo citar este artículo / How to cite this paper

Colom-Piella, G. (2023). Pensamiento militar ruso y suposiciones sobre la zona gris y la guerra en Ucrania. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 8(2), 91-103. (www.cisdejournal.com)

Referencias

- Adams, D. (2021). *Moscow's Aerospace Theory of Victory: Western Assumptions and Russian Reality*. Alexandria (Estados Unidos): Center for Naval Analyses. (<https://cutt.ly/RMvbelc>).
- Arabia, C.; Bowen, A.; Welt, C. (2022, 21 de octubre). U.S. Security Assistance to Ukraine. Washington DC (Estados Unidos): Congressional Research Service. (<https://cutt.ly/TMvHZsd>).
- Asymmetric Warfare Group (2017). *Russian New Generation Warfare Handbook*. Fort Eustis (Estados Unidos): United States Army Training and Doctrine Command. (<https://cutt.ly/IMvKmvZ>).
- Ball, T. (2022, 11 de abril). Putin “Purges” 150 FSB Agents in Response to Russia’s Botched War with Ukraine. *The Times*. (<https://cutt.ly/nMvZsYo>).
- Barnes, J. (2022, 3 de febrero). U.S. Exposes What It Says Is Russian Effort to Fabricate Pretext for Invasion. *New York Times*. (<https://cutt.ly/JMvZlZy>).
- Barrie, D.; Hackett, J. (eds.) (2020). *Russia’s Military Modernisation. An Assessment*. Londres (Reino Unido): International Institute for Strategic Studies.
- Barry, B.; Barrie, D.; Béraud-Sudreau, L.; Boyd, H.; Childs, N.; Giegerich, B. (2019). *Defending Europe: scenario-based capability*

- requirements for NATO's European members. Londres (Reino Unido): International Institute for Strategic Studies. (<https://cutt.ly/NMvFS6F>).
- Bendett, S.; Boulègue, M.; Connolly, R.; Konaev, M.; Podvig, P.; Zysk, K. (2021). *Advanced military technology in Russia. Capabilities and implications*. Londres (Reino Unido): Chatham House. (<https://cutt.ly/NMHy9ym>).
- Bērziņš, J. (2020). The Theory and Practice of New Generation Warfare: The Case of Ukraine and Syria. *The Journal of Slavic Military Studies*, 33(3), 355-380. doi:10.1080/13518046.2020.1824109.
- Bowen, A. (2022, 14 de septiembre). *Russia's War in Ukraine: Military and Intelligence Aspects*. Washington DC (Estados Unidos): Congressional Research Service. (<https://cutt.ly/jMvJMA0>).
- Braw, E. (2022). *The Defender's Dilemma: Identifying and Deterring Gray-Zone Aggression*. Washington DC (Estados Unidos): AEI Press.
- Brose, C. (2020). *The Kill Chain: Defending America in the Future of High-Tech Warfare*. Nueva York (Estados Unidos): Hachette.
- Calvo, J. (2022a, 20 de enero). *Rusia en Ucrania. El despertar de la fuerza*. *Global Strategy*. (<https://cutt.ly/oMK7Zaa>).
- Calvo, J. (2022b). *Primeras impresiones militares*. In G. Colom-Piella (ed.), *La guerra de Ucrania: los 100 días que cambiaron Europa* (pp. 65-94). Madrid (España): Catarata-Ejércitos.
- Colom-Piella, G. (2018). *La doctrina Gerasimov y el pensamiento estratégico ruso contemporáneo*. *Ejército*, 933, 30-37.
- Colom-Piella, G. (2019, 22 de marzo). *La amenaza híbrida: mitos, leyendas y realidades*. Documento de Opinión del IEEE, 24, 1-14. (<https://cutt.ly/EMHJRNr>).
- Colom-Piella, G. (2020). *Anatomía de la desinformación rusa*. *Historia y Comunicación Social*, 25(2), 473-480. doi:10.5209/hics.63373.
- Cranny-Evans, S. (2021, 24 de noviembre). *Russia vs Ukraine: Flaws in Western Gray Zone Theories*. *Commentary RUSI*. (<https://cutt.ly/GMHZk69>).
- Cranny-Evans, S.; Kaushal, S. (2022, 1 de abril). *The intellectual failures behind Russia's Bungled Invasion*, *Commentary RUSI*. (<https://cutt.ly/nMvZWYw>).
- Dalsjö, R.; Jonsson, M.; Norberg, J. (2022). *A Brutal Examination: Russian Military Capability in Light of the Ukraine War*. *Survival*, 64(3), 7-28. doi:10.1080/00396338.2022.2078044.
- Defense Intelligence Agency (2017). *Russia Military Power: Building a Military to Support Great Power Aspirations*. Washington DC (Estados Unidos): DIA. (<https://cutt.ly/GMvza5R>).
- Frías, C. (2022, 5 de abril). *Ucrania y el ejército ruso: primeras impresiones (I)*. Documento de Opinión del IEEE, 33. (<https://cutt.ly/T1euYaG>).
- Frías, C. (2022, 12 de julio). *Ucrania y el ejército ruso: primeras impresiones (II)*. Documento de Opinión del IEEE, 71. (<https://cutt.ly/m1eu0t0>).
- Galeotti, M. (2022, 23 de abril). *The Interfering Tsar: Why Putin Is Ukraine's Best Hope of Victory*. *The Times*. (<https://cutt.ly/PMvZyi3>).
- Gerasimov, V. (2013, 26 de febrero). *Tsennost' nauki – v predvidenii: novyye vyzovy trebuyut pereosmysleniya form i sposobov vedeniya boyevykh deystviy*. *Voyenno-Promyshlennyy Kurier*. (<https://cutt.ly/uM5kwfr>).
- Goldberg, J. (2016, 15 de abril). *The Obama Doctrine*. *The Atlantic*. (<https://cutt.ly/YMvHOuP>).
- Götz, E.; Staun, J. (2022). *Why Russia attacked Ukraine: Strategic culture and radicalized narratives*. *Contemporary Security Policy*, 43(3), 482-497. doi:10.1080/13523260.2022.208263.
- Gould-Davies, N. (2022). *Putin's Strategic Failure*. *Survival*, 64(2), 7-16. doi:10.1080/00396338.2022.2055818.
- Grau, L.; Bartles, C. (2016). *The Russian Way of War: Force Structure, Tactics, and Modernization of the Russian Ground Forces*. Fort Leavenworth (Estados Unidos): Foreign Military Studies Office. (<https://cutt.ly/UMvDIEZ>).
- Grau, L.; Bartles, C. (2018). *The Russian Reconnaissance Fire Complex Comes of Age*. Oxford (Reino Unido): Changing Character of War Centre. (<https://cutt.ly/lMvnqHd>).
- Grau, L.; Bartles, C. (2022, 14 de abril). *Getting to Know the Russian Battalion Tactical Group*. *Commentary RUSI*. (<https://cutt.ly/2Mnm7nu>).
- Hagström-Frisell, E.; Pallin, K. (eds.) (2021). *Western military capability in Northern Europe. Collective defence*. Estocolmo (Suecia): FOI. (<https://cutt.ly/9MvHTtM>).
- Jonsson, M.; Dalsjö, R. (eds.) (2020). *Beyond Bursting Bubbles: Understanding the Full Spectrum of the Russian A2/ AD Threat and Identifying Strategies for Counteraction*. Estocolmo (Suecia): FOI. (<https://cutt.ly/qMvUqn>).
- Khodarenok, M. (2022, 3 de febrero). *Prognozy krovozhadnyh politologov*. *Nezavisimââ gazeta*. (<https://cutt.ly/ZMvLVRQ>).
- Kipp, J. (2012). *Russian Sixth Generation Warfare and Recent Developments*. *Eurasia Daily Monitor*, 9(17). (<https://cutt.ly/1MvDIYf>).
- Kofman, M. (2021). *Russian Military Strategy: Core Tenets and Operational Concepts*. Alexandria (Estados Unidos): Center for Naval Analyses. (<https://cutt.ly/JMvbX2G>).
- Kofman, M.; Edmonds, J. (2022, 22 de febrero). *Russia's Shock and Awe: Moscow's Use of Overwhelming Force Against Ukraine*. *Foreign Affairs*. (<https://cutt.ly/NMvZgAc>).
- Kofman, M.; Lee, R. (2022, 2 de junio). *Not built for purpose: the Russian military's ill-fated force design*. *War on the Rocks*. (<https://cutt.ly/7MvFwqH>).
- Mahnken, T.; Sharp, T.; Kim, G. (2020). *Deterrence by Detection: A Key Role for Unmanned Aircraft Systems in Great Power Competition*. Washington DC (Estados Unidos): Center for Strategic and Budgetary Assessments. (<https://cutt.ly/V1w4g9h>).
- McDermott, R. (2017). *Russia's Electronic Warfare Capabilities to 2025: Challenging NATO in the Electromagnetic Spectrum*. Tallinn (Estonia): International Centre for Defence and Security. (<https://cutt.ly/PMvHuuu>).
- McDermott, R. (2021a, 29 de mayo). *Russia's Entry to Sixth-Generation Warfare: the 'Non-Contact' Experiment in Syria*. *Jamestown*. (<https://cutt.ly/1MvF2vN>).
- McDermott, R. (2021b, 29 de octubre). *Russian Military Thought on the Changing Character of War: Harnessing Technology in the*

- Information Age. Jamestown. (<https://cutt.ly/VMvS2Ht>).
- Mearsheimer, J. (2014). Why the Ukraine crisis is the West's fault. *Foreign Affairs*, 93(5), 77-89. (<https://cutt.ly/aMHCn4Q>).
- Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York (Estados Unidos): W.W. Norton.
- Microsoft (2022a, 27 de abril). Special Report: Ukraine. An overview of Russia's cyberattack activity in Ukraine. (<https://cutt.ly/dMvZHeZ>).
- Microsoft (2022, 22 de junio). Defending Ukraine: Early Lessons from the Cyber War. (<https://cutt.ly/EMHS7GT>).
- Morris, L.; Mazarr, M.; Hornung, J.; Pezard, S.; Binnendijk, A.; Kepe, M. (2019). *Gaining Competitive Advantage in the Gray Zone: Response Options for Coercive Aggression Below the Threshold of Major War*. Santa Monica (Estados Unidos): RAND Corporation. (<https://cutt.ly/TMvGUSw>).
- Nardelli, R.; Jacobs, J. (2021, 21 de noviembre). U.S. Intel Shows Russia Plans for Potential Ukraine Invasion. Bloomberg. (<https://cutt.ly/xM5AKN8>).
- Norberg, J.; Dalsjö, R. (2022). Why we got Russia wrong. In J. Lundén, G. Bergström, P. Bull, J. Henningsson, J. Norberg, P. Stenumgaard & A. Waleij (eds.), *Another rude awakening. Making sense of Russia's war against Ukraine* (pp. 19-24). Estocolmo (Suecia): FOI.
- Norberg, J.; Simpson, N. (2021). *ZAPAD 2021 and Russia's Potential for Warfighting*. Pensilvania (Estados Unidos): Foreign Policy Research Institute. (<https://cutt.ly/AMvGI81>).
- Oxenstierna, S.; Westerlund, F.; Persson, G.; Kjellén, J.; Dahlqvist, N.; Goliath, M.; Hedenskog, J.; Malmlöf, T.; Engvall, J. (2019). *Russian Military Capability in a Ten-Year Perspective – 2019*. Estocolmo (Suecia): FOI. (<https://cutt.ly/3Mnbrtb>).
- Pettyjohn, S.; Wasser, B. (2019). *Competing in the Gray Zone. Russian Tactics and Western Responses*. Santa Monica (Estados Unidos): RAND Corporation. (<https://cutt.ly/bMvGC9P>).
- Pulido, G. (2021). *Guerra multidominio y mosaico: el nuevo pensamiento militar estadounidense*. Madrid (España): Catarata.
- Reuters (2022, 10 de enero). Ukraine says arrests Russian agent planning attacks in Odessa. (<https://cutt.ly/F1wlnzn>).
- Schweller, R. (1994). Bandwagoning for Profit: Bringing the Revisionist State Back In. *International Security*, 19(1), 72-107. doi:10.2307/2539149.
- Schwartz, M. (2021, 9 de diciembre). Ukraine Commanders Say a Russian Invasion Would Overwhelm Them. *New York Times*. (<https://cutt.ly/vMnxUf>).
- Slipchenko, V. (2004). *Voina novogo pokoleniia: Distantionnye i beskontaktnye*. Moscú (Federación Rusa): OLMA-Press.
- Sonne, P.; Khurshudyan, I.; Morgunov, S.; Khudov, K. (2022, 24 de agosto). Battle for Kyiv: Ukrainian valor, Russian blunders combined to save the capital. *The Washington Post*. (<https://acortar.link/O5THhh>).
- TASS (2022a, 26 de febrero). Zelensky hastily fled Kiev, Russian State Duma Speaker Claims. (<https://cutt.ly/d1w2HGw>).
- TASS (2022b, 19 de abril). Russia begins another stage of special military operation in Ukraine, says Lavrov. (<https://cutt.ly/dMKMEfH>).
- Thomas, T. (2016). The Evolution of Russian Military Thought: Integrating Hybrid, New-Generation, and New-Type Thinking. *The Journal of Slavic Military Studies*, 29(4), 554-575. doi:10.1080/13518046.2016.1232541.
- Troianovski, A.; Schwartz, M.; Kramer, A. (2022, 27 de enero). Russia's Military, Once Creaky, Is Modern and Lethal. *New York Times*. (<https://cutt.ly/iMnxQD7>).
- Villanueva, C. (2022). Crónica de un fracaso estratégico. In G. Colom-Piella (ed.), *La guerra de Ucrania: los 100 días que cambiaron Europa* (pp. 37-64). Madrid (España): Catarata-Ejércitos.
- Watling, J.; Reynolds, N. (2022). *Operation Z. The Death Throes of an Imperial Delusion*. Londres (Reino Unido): Royal United Services Institute. (<https://cutt.ly/8MvZPwj>).
- Watts, B. (2013). *The Evolution of Precision Strike*. Washington DC (Estados Unidos): Center for Strategic and Budgetary Assessments. (<https://cutt.ly/yMvSKDS>).
- Zabrodskiy, M.; Watling, J.; Danylyuk, O.; Reynolds, N. (2022). *Preliminary Lessons in Conventional Warfighting from Russia's Invasion of Ukraine: February-July 2022*. Londres (Reino Unido): Royal United Services Institute. (<https://cutt.ly/H1OKgil>).